

B E S T S E L L E R N A C I O N A L

“Una de las mejores escritoras no sólo de nuestro tiempo, sino de siempre”.
—*The New York Times*

Ganadora del
PREMIO NOBEL[®]
de Literatura

Alice Munro

MI VIDA QUERIDA

relatos

Mi vida querida

Alice Munro

Traducción de Eugenia Vázquez Nacarino

Vintage Español

Una división de Random House LLC

Nueva York

Llegar a Japón

En cuanto le subió la maleta al compartimento, Peter pareció ansioso por quitarse del paso. No es que estuviera impaciente por irse, dijo que solo le preocupaba que el tren se pusiera en marcha. Se quedó en el andén mirando hacia la ventanilla, despidiéndose con la mano. Saludaba, sonriendo. A Katy le miraba con una sonrisa franca, resplandeciente, inequívoca, como si creyera que la niña siempre sería un prodigio para él, y él para ella. A su mujer, en cambio, le sonreía con optimismo y confianza, pero con cierta determinación. Algo que no era fácil expresar con palabras, que nunca lo sería. Si Greta le hubiera mencionado, Peter le habría dicho: no digas tonterías. Y ella le habría dado la razón, pues no le parecía natural que personas que se veían a diario, a todas horas, tuvieran que andarse con explicaciones de ninguna clase.

Cuando Peter era un niño de pecho, su madre cruzó con él en los brazos unas montañas cuyas cumbres nombre Greta olvidaba siempre, para huir de la Checoslovaquia soviética a la Europa occidental. Iba con más gente, claro está. El padre de Peter tenía intención de acompañarlos, pero lo mandaron a un sanatorio justo antes de emprender aquel viaje clandestino. Debía seguirlos en cuanto le fuera posible. Sin embargo, murió antes de poder intentarlo.

—He leído historias parecidas —dijo Greta la primera vez que Peter se lo contó. Y explicó que en esas historias el bebé siempre rompía a llorar y no había más remedio que asfixiarlo o estrangularlo para que el llanto no pusiera en peligro a todo el grupo clandestino.

Peter contestó que nunca había oído nada parecido y prefirió no pensar qué habría hecho su madre en esas circunstancias.

Lo que hizo su madre fue llegar a la Columbia Británica, mejorar el inglés y conseguir trabajo dando clases de lo que entonces se llamaba gestión empresarial a estudiantes de bachillerato. Crió a su hijo sola y lo mandó a la universidad; Peter era ingeniero. Cuando iba a verlos a su apartamento, más tarde a su casa, su madre se quedaba siempre en el salón, nunca entraba en la cocina a menos que Greta la invitara. Así era ella. Llevaba la prudencia al extremo. Se empeñaba en pasar desapercibida, en no entrometerse ni dar sugerencias, aunque superaba con creces a su nuera en todas y cada una de las habilidades o artes domésticas.

También se deshizo del apartamento donde Peter había crecido y se mudó a otro más pequeño sin dormitorio, con el espacio justo para un sofá cama. ¿Para que Peter no pueda volver a casa de mamá? le dijo Greta bromeando, pero su suegra se sobresaltó. Las bromas la hacían sufrir. Quizá por culpa del idioma, aunque a esas alturas el inglés era su lengua habitual, y desde luego la única que hablaba con su hijo. Mientras Peter estudiaba gestión empresarial, aunque no con su madre, Greta memorizaba...

paraíso perdido. Ella huía como de la peste de todo lo que entrañara alguna utilidad. Él, por lo visto, hacía lo contrario.

Separados por el cristal, y sin que Katy consintiera que los adioses decayeran, acabaron intercambiando miradas cómicas, incluso absurdas, cargadas de buena intención. Greta pensó en el guapo que era, y en lo poco consciente que parecía de su atractivo. Llevaba el pelo cortado a cepillo, la moda de la época —sobre todo si se era ingeniero o algo por el estilo—, y tenía la piel blanca, nunca le salían rojeces ni manchas del sol, como le pasaba a ella, sino que lucía un tono uniforme en cualquier época del año.

Sus opiniones eran un poco como su tez. Cuando iban a ver una película, nunca quería comentarla. Se limitaba a decir que era buena, o bastante buena, o pasable. No le veía sentido a ir más allá. Con la misma actitud veía la televisión o leía un libro. Era tolerante con esas cosas. Sus creadores trataban de hacerlo lo mejor posible. Greta siempre le llevaba la contraria, con descaro le preguntaba si diría lo mismo de un puente. Sus constructores trataban de hacerlo lo mejor posible, pero eso no bastaba si el puente se venía abajo.

En vez de seguir discutiendo, Peter se echó a reír.

No era lo mismo, dijo.

¿Ah, no?

No.

Greta tendría que haber comprendido que esa actitud tolerante, de no meterse en nada, era una bendición para ella, porque era poeta y en sus poemas había cosas que no eran ni mucho menos alegres o fáciles de explicar.

(La madre de Peter y la gente que trabajaba con él, al menos los que lo sabían, aún decían «poetisa». A Peter había conseguido quitarle la costumbre. Aparte de eso, no hizo falta más. A los parientes que habían quedado atrás, o a la gente que la conocía en su papel de ama de casa y madre, no hizo falta quitarles ninguna costumbre, porque desconocían esa peculiaridad suya.)

Más adelante sería difícil explicar lo que valía la pena rescatar de aquella época y lo que no. Se podría decir que el feminismo no, pero entonces habría que aclarar que «feminismo» ni siquiera era una palabra de uso corriente. Y luego habría que liarse a explicar que el hecho de tener ideas propias por no hablar de ambiciones, o simplemente leer un libro de verdad, resultaba sospechoso, e incluso podía guardar relación con que tu hijo cogiera una neumonía. Y un comentario político en una fiesta de la oficina podía costarle el ascenso a tu marido. Daba igual sobre qué partido político. Era el hecho de que una mujer se fuera de la lengua.

La gente se reiría y diría, anda ya, estás de broma. Y habría que contestar, bueno, no te creas. Y en la continuación les diría que escribir poesía, sin embargo, era menos arriesgado para una mujer que para un hombre. Y era entonces cuando la palabra poetisa era tan socorrida como una telaraña de caramelo hilado. Peter no lo vivía así, diría ella, pero claro, él había nacido en Europa. En cambio sí pod

entender que los hombres con los que trabajaba pensarán esas cosas.

Ese verano Peter iba a pasar un mes o quizá un poco más a cargo de una obra en Lund, bien al norte de hecho, lo más al norte que se podía llegar por carretera en el continente. No había alojamiento para Katy y Greta.

Sin embargo, Greta mantenía el contacto con una chica que había trabajado con ella en la biblioteca de Vancouver, antes de casarse y marcharse a Toronto, y resultaba que esa amiga se iba un mes de vacaciones a Europa con su marido, que era maestro, y le había escrito preguntándole a Greta con mucha cortesía si no les haría el favor de instalarse con su familia en la casa de Toronto, los días que quisieran, para que no quedara vacía tanto tiempo. Y Greta le había contestado hablándole del trabajo de Peter, pero aceptando el ofrecimiento para ella y Katy.

De ahí que ahora Peter estuviera en el andén y ellas en el tren, saludándose incansablemente.

Entonces había una revista, *The Echo Answers*, que se editaba en Toronto con periodicidad irregular. Greta la encontró en la biblioteca y mandó algunos poemas. Dos de los poemas se publicaron, y a raíz de eso el otoño anterior la habían invitado junto a otros escritores a una fiesta para conocer al editor de la revista, que estaba de paso en Vancouver. La fiesta fue en casa de un escritor con uno de esos nombres que parece que uno haya oído toda la vida. Como la cita era a última hora de la tarde, cuando Peter todavía estaba en el trabajo, Greta llamó a una niñera y cogió el autobús desde Vancouver North que cruzaba el puente de Lions Gate y el parque Stanley. Luego esperó delante de la bahía de Hudson para cambiar de autobús y emprender un largo trayecto hasta el campus universitario, donde vivía el escritor. Al bajar en el último desvío, encontró la calle y echó a andar siguiendo los números de las casas. Llevaba unos tacones altos que la obligaban a ir despacio. Además se había puesto su vestido negro más sofisticado, que se abrochaba a la espalda y le marcaba la cintura y siempre le ajustaba un poco más de la cuenta las caderas. Se imaginó un tanto ridícula, una mujer sola tambaleándose por aquellas calles serpenteantes sin aceras mientras caía la tarde. Casas modernas, ventanas apaisadas, igual que en cualquier barrio residencial en alza, que no era para nada el tipo de vecindario que había imaginado. Se preguntó si habría apuntado mal la calle, y la idea no le disgustó. Volvería a la parada del autobús, donde había un banco. Se quitaría los zapatos y se acomodaría para el solitario largo viaje de regreso a casa.

Sin embargo cuando vio los coches aparcados, y vio el número, era demasiado tarde para dar media vuelta. El jaleo se oía desde fuera, tuvo que tocar dos veces el timbre.

La recibió una mujer que parecía esperar a otra persona. Recibir no es la palabra exacta: la mujer abrió la puerta y Greta dijo que si era allí donde daban la fiesta.

—¿A ti qué te parece? —dijo la mujer, apoyada en el marco de la puerta.

Bloqueaba el paso.

—¿Puedo pasar? —preguntó Greta.

La mujer se apartó con un gesto de dolor. No la invitó a seguirla, pero Greta lo hizo de todos modos.

Nadie le dirigió la palabra ni le prestó atención, pero al poco una adolescente pasó con una bandeja de copas de lo que parecía limonada con granadina. Greta cogió una, la vació de un solo trago para calmar la sed, y acto seguido cogió otra. Le dio las gracias a la camarera e intentó entablar una conversación sobre el largo y caluroso paseo, pero a la chica no le interesaba y dio media vuelta para seguir con su trabajo.

Greta se adentró en la casa sin dejar de sonreír. Nadie dio muestras de reconocerla ni la observó con especial agrado, ¿por qué iban a hacerlo? La gente la miraba un instante antes de retomar la conversación. Se reían. A excepción de Greta, parecía que todo el mundo llevara un repertorio de bromas, secretos a medias; daba la impresión de que todos hubieran encontrado a alguien que les diera la bienvenida. Menos los adolescentes que servían sin tregua y con cara de pocos amigos las bebidas rosadas.

Aun así, Greta no se dio por vencida. Al ver que la bebida le sentaba bien, decidió tomarse otra copa en cuanto hubiera una bandeja a su alcance. Buscó un hueco en alguno de los grupos donde poder meterse en la conversación. Creyó encontrarlo en uno de los corros, al oír las películas que mencionaban. Cine europeo, que en esa época empezaba a llegar a Vancouver. Oyó el título de una que había ido a ver con Peter, *Los cuatrocientos golpes*.

—¡Ah, la he visto!

Habló con tal vehemencia que todos la miraron.

—¿En serio?, ¿no me digas? —dijo uno, que parecía llevar la voz cantante.

Greta estaba borracha, cómo no. Se había tomado varias copas de Pimm's n.º 1 con zumo de pomegranada en un visto y no visto. No se tomó a mal el desaire, como habría hecho en una situación normal. Siguió caminando a la deriva, consciente de haber perdido un poco la compostura, pero con la sensación de que se respiraba un aire de permisividad y embriaguez, y de que no importaba no hacer amigos, porque podía ir por ahí expresando sus opiniones, sin más.

Bajo un arco había un cúmulo de gente importante. Entre ellos vio al anfitrión, una cara y un nombre que parecía conocer de toda la vida. Hablaba a voces, enfebrecido, y enseguida se veía que un peligro rondaba cerca de él y otro par de hombres, como si pudieran soltar un insulto con solo mirarlo. Al final llegó a la conclusión de que sus mujeres estaban en el corro con el que acababa de tener un encontronazo.

La mujer que le había abierto la puerta no estaba en ninguno de los dos grupos, aunque era escritora. Greta la vio volverse cuando la llamaban. Era el nombre de una colaboradora de la misma revista donde habían publicado sus poemas. Entonces, ¿no podría ir y presentarse? ¿De igual a igual, a pesar de la frialdad en la puerta?

Pero la mujer había recostado la cabeza en el hombro del tipo que la llamaba, y no les haría gracia

que los interrumpieran.

Con esta reflexión le vinieron ganas de sentarse y, al no encontrar ninguna silla, se sentó en suelo. La asaltó una idea. Pensó que cuando iba con Peter a una fiesta de ingenieros el ambiente era agradable, pero la charla aburrida. Y eso se debía a que todo el mundo tenía una reputación asentada y sólida, al menos por el momento. Allí, en cambio, nadie estaba a salvo. Se lanzaban dardos envenenados a espaldas de cualquiera, incluso de la gente conocida y que publicaba. Imperaban los posesos inteligentes o los nervios, quienquiera que fueses.

Y ella desesperada porque alguien le lanzara un triste hueso y le diera conversación.

Satisfecha con su teoría sobre la actitud desagradable de la gente, dejó de importarle que le hablaran o no le hablaran. Y cuando se quitó los zapatos, el alivio ya fue inmenso. Se sentó con la espalda contra una pared y las piernas estiradas en uno de los pasos menos transitados de la fiesta. Como no quería correr el riesgo de derramar la bebida sobre la alfombra, se la terminó deprisa.

Un hombre se detuvo a su lado.

—¿Cómo has venido a parar aquí? —le preguntó.

Ella se compadeció de los pies torpes y embotados del hombre. Se compadecía de cualquiera que tuviera que estar de pie.

Dijo que la habían invitado.

—Ya, pero ¿has venido en coche propio?

—No, andando. —Pero con eso no bastaba, y al final consiguió rematar el resto—. He venido en autobús, y luego andando.

Uno de los hombres que antes estaba en el corro selecto se paró detrás del hombre de los zapatos.

—Excelente idea —dijo. Parecía de veras dispuesto a hablar con ella.

El primer hombre no le prestó mucha atención a este otro. Había recuperado los zapatos de Greta pero ella le explicó que le dolían demasiado y los rechazó.

—Llévalos en la mano. O ya los llevo yo. ¿Puedes tenerte en pie?

Buscó al hombre más importante para ver si la ayudaba, pero se había ido. Se acordó entonces de un hombre que era el autor de una obra sobre los dujobores que tuvo mucha polémica, porque los miembros de la secta iban a aparecer desnudos. No eran dujobores de verdad, sino actores, pero de todos modos al final no les dieron permiso para salir desnudos.

Trató de explicárselo a aquel hombre que la ayudaba a ponerse de pie, pero era obvio que no le interesaba. Greta le preguntó qué escribía. El hombre aclaró que no era un escritor de esos, sino periodista. Estaba de visita en la casa con su hijo y su hija, nietos de los anfitriones. Los chicos eran los que llevaban las bandejas de las bebidas.

—Son letales —dijo, en alusión a los cócteles—. Criminales.

Habían salido afuera. Greta cruzó el césped descalza, aunque con medias, y esquivó un charco pero muy poco.

—Alguien ha vomitado —le dijo al escolta.

—No me extraña —dijo él, y la ayudó a montarse en un coche. El aire de la calle le había alterado el ánimo, de una euforia inestable a un malestar que rozaba la vergüenza.

—Vancouver Norte —dijo el hombre. Debía de habérselo dicho ella—. ¿De acuerdo? Adelante. Hacia Lions Gate.

Deseó que no le preguntara qué hacía en la fiesta. Si no le quedaba más remedio que decir que era poeta, su estado, sus excesos, serían tópicos patéticos. No había oscurecido del todo, aunque era tarde. Parecían ir en la dirección correcta, siguiendo el agua, y luego cruzaron un puente. El puente cruzaba Burrard Street. Luego veía el tráfico y los árboles que quedaban atrás, pero los ojos se le cerraban sin querer. Cuando el coche se detuvo supo que no podían haber llegado a casa. A la suya, por lo menos.

Vio las copas de los árboles frondosos. Ninguna estrella. Apenas unos destellos en el agua que se mediaba entre el lugar donde estaban y las luces de la ciudad.

—Párate un momento a considerar —dijo el hombre.

La palabra la subyugó.

—A considerar.

—Cómo vas a volver a tu casa, por ejemplo. ¿Te las arreglarás para parecer digna? Sin exagerar, con naturalidad. Supongo que estás casada.

—Primero tendré que darte las gracias por llevarme a casa —dijo—. Así que tendrás que decirme tu nombre.

Al parecer ya se lo había dicho. Y dos veces. Pero bueno, de acuerdo, una vez más. Harris Bennett Bennett. Era el yerno de la gente que daba la fiesta. Los chicos que servían las bebidas eran sus hijos. Estaban de visita, vivían en Toronto. ¿Satisfecha?

—¿Y no madre?

—Claro que sí, pero está en el hospital.

—Lo siento.

—No hay por qué. Es un hospital muy agradable. Para problemas mentales. O quizá habría que decir problemas emocionales.

Ella se apresuró a contarle que su marido se llamaba Peter y era ingeniero, y que tenían una hija que se llamaba Katy.

—Mira qué bonito —dijo él, y salió dando marcha atrás.

En el puente de Lions Gate se disculpó.

—Perdóname por haber hablado así. Dudaba entre si besarte o no besarte, y al final he preferido no hacerlo.

Greta creyó entender que algo en ella lo había echado atrás, que no estaba a la altura de que se besara. La vergüenza le devolvió la sobriedad en el acto, como una bofetada.

—Ahora, cuando pasemos el puente, ¿seguimos por Marine Drive? —continuó el hombre—. Cuen

con que me vayas indicando.

Aquel otoño, y también durante el invierno y la primavera siguientes, no hubo día que no pensara en él. Era como tener el mismo sueño nada más dormirte. Recostada en el almohadón negro del sofá fantaseaba con que la estrechaba entre sus brazos. Era de imaginar que no recordara su cara, pero se aparecía con todo detalle, el rostro arrugado de un hombre de vuelta de todo, irónico, dado a los ambientes cerrados. De cuerpo tampoco estaba mal, quizá un tanto venido a menos pero competente, deseable como ningún otro.

El deseo la dejaba al borde del llanto. Aun así toda esa fantasía desaparecía, entraba en hibernación en cuanto Peter llegaba a casa. Entonces los afectos cotidianos cobraban relevancia, tan solventes como siempre.

El sueño se parecía mucho, de hecho, al clima de Vancouver: una especie de añoranza sombría, una tristeza lluviosa y etérea, un peso que orbitaba alrededor del corazón.

¿Y el rechazo a besarla, que podía parecer un golpe descortés?

Simplemente lo eliminó, sin más. Lo enterró en el olvido.

¿Y su poesía? Ni un verso, ni una palabra. Ni un solo indicio de que jamás le hubiera importado.

Naturalmente cedía a estos arrebatos, sobre todo cuando Katy dormía la siesta. A veces llamaba al hombre en voz alta, se entregaba a la estupidez. A continuación la embargaba una vergüenza lacerante que la hacía despreciarse. Qué estupidez, desde luego. Estúpida.

Y de pronto la situación dio un vuelco, la posibilidad y luego la certeza del trabajo en Lund, el ofrecimiento de una casa en Toronto. Un cambio brusco del tiempo, un acceso de temeridad.

Sin darse cuenta empezó a escribir una carta. No empezaba de una manera convencional. Nada de querido Harris. Nada de me recuerdas.

Escribir esta carta es como meter una nota en una botella...

Y esperar

que llegue a Japón.

Lo más cercano a un poema en mucho tiempo.

No tenía ni idea de a qué dirección mandarla. Fue tan temeraria e insensata como para llamar a la gente que había dado la fiesta, pero cuando contestaron la boca se le secó, la sintió inmensa como una tundra y tuvo que colgar. Entonces metió a Katy en el cochecito y fue a la biblioteca pública a consultar un listín telefónico de Toronto. Había muchos Bennett, pero ningún Harris o H. Bennett.

Entonces se le ocurrió una idea desconcertante: mirar en las necrológicas. No pudo contenerse. Esperó a que el hombre que leía el ejemplar de la biblioteca terminara. No solía hojear el periódico en Toronto porque había que cruzar el puente para comprarlo, y Peter siempre llevaba a casa

Vancouver Sun. Pasó las hojas con impaciencia hasta dar con su firma en un artículo. Así pues, había muerto. Era columnista de prensa. Era lógico que no quisiera arriesgarse a que cualquier conociendo su nombre, pudiera llamarlo a casa.

Escribía sobre política. Sus comentarios parecían inteligentes, pero eso a ella no le importaba.

Le mandó la carta allí, al periódico. No sabía si abriría personalmente el correo y pensó que poner PRIVADO en el sobre era buscarse problemas, así que solo escribió el día de su llegada y el horario del tren, tras las líneas sobre la botella. Ningún nombre. Pensó que quien abriera el sobre pensaría en una anciana de la familia dada a caprichosos giros expresivos. Nada que lo comprometiera, aun suponiendo que le reenviaran a su domicilio una carta tan peculiar y que la abriera su mujer, en caso de que hubiera salido del hospital.

Por lo visto Katy no había entendido que el hecho de que Peter estuviera fuera, en el andén significaba que no viajaría con ellas. Cuando el tren empezó a moverse, y al ganar velocidad perdieron de vista, encajó mal el abandono. Sin embargo, al rato se calmó y le dijo a Greta que seguía que papá llegaría al día siguiente.

Aunque Greta fue con tacto al levantarse por la mañana, Katy ni siquiera mencionó la ausencia. Greta le preguntó si tenía hambre y la niña dijo que sí, y le comentó a su madre, igual que Greta se había dicho ya antes de subir al tren, que ahora tenían que quitarse el pijama e ir a desayunar a otro sitio.

—¿Qué quieres desayunar?

—Piscris. —Quería decir Krispies.

—A ver si tienen.

Tenían.

—Y ahora ¿vamos a buscar a papá?

Había un área de juegos infantiles, aunque más bien pequeña. La habían conquistado un niño y una niña que, a decir por sus disfraces de conejito conjuntados eran hermanos. Su juego consistía en lanzarse vehículos en miniatura y esquivarlos en el último momento. PAM PUM CRASH.

—Esta es Katy —dijo Greta—. Yo soy su mamá. ¿Y vosotros, cómo os llamáis?

Los choques cobraron intensidad, pero los niños no levantaron la vista.

—Papá no está aquí —dijo Katy.

Greta decidió que lo mejor era volver a buscar el libro de Christopher Robin de Katy e ir a leerlo en el vagón de la cúpula panorámica. No creía que molestaran a nadie, porque aún se servían desayunos y los paisajes de montaña más espectaculares todavía no habían empezado.

El problema fue que, al acabar el libro, Katy quiso volver a leerlo inmediatamente. Durante la primera lectura había escuchado en silencio, pero ahora empezó a repetir el final de cada frase. Y a

tercera lo recitaba palabra por palabra, aunque no se atrevía a intentarlo sola. Greta imaginó que sería un incordio cuando el vagón panorámico se llenara de gente. A la edad de Katy, la monotonía no era un problema. Es más, a los niños les gustaba, se sumergían en ella y enroscaban la lengua en las palabras conocidas, como si fuera una golosina que no se terminara nunca.

Un chico y una chica subieron la escalera y se sentaron en diagonal de Greta y Katy. Les dieron los buenos días con entusiasmo, y Greta contestó. A Katy no le hizo gracia que su madre los saludara, siguió recitando en voz baja sin apartar la vista del libro.

Desde el otro lado del pasillo llegó la voz del chico, casi tan baja como la suya.

Cambio de guardia en Buckingham:
Christopher Robin y Alice allá que van.

Cuando terminó, empezó con otro poema: «No me gustan, como me llamo Sam».

Greta se echó a reír, pero Katy siguió seria. Greta se dio cuenta de que su hija estaba un poco escandalizada. Entendía las letras tontas si salían de un libro, pero no de la boca de alguien que no tenía libro.

—Perdón —se disculpó el chico con Greta—. Somos preescolares. Esta es nuestra literatura. —Se inclinó en el asiento y le habló a Katy solemnemente en voz baja—: Es un libro muy bonito, ¿verdad?

—Quiere decir que trabajamos con niños de preescolar —aclaró la chica—. Aunque a veces nos confundimos.

El chico siguió hablando con Katy.

—A lo mejor ahora puedo adivinar tu nombre. ¿Cuál será? ¿Rufus, tal vez? ¿O será Rover?

Katy se mordió los labios, pero no pudo contener una respuesta tajante.

—No soy un perro —dijo.

—Claro que no. Qué tonto. Yo soy un chico, y me llamo Greg. El nombre de esta chica es Laurie.

—Greg te estaba tomando el pelo —dijo Laurie—. ¿Le doy un tortazo?

Katy sopesó la pregunta.

—No —dijo al fin.

—«Alice se casa con un guardia real» —continuó Greg—. «La vida del soldado es dura de verdad, dice Alice.»

Katy repitió en voz baja el final del segundo verso.

Laurie le contó a Greta que habían recorrido varios jardines de infancia con pequeñas representaciones satíricas. A eso lo llamaban actividades de predisposición a la lectura. Eran actores en realidad. Ella se bajaba en Jasper, donde había conseguido trabajo de camarera para el verano, que alternaría con algunos números cómicos. No exactamente de predisposición a la lectura. Entretenimiento para adultos, lo llamaban.

—Ay, Dios. Se hace lo que se puede —dijo.

Greg se dedicaría a zanganear; bajaba en Saskatoon, donde estaba su familia.

Los dos eran guapos, pensó Greta. Altos, de brazos y piernas largos, de una esbeltez casi antinatural.

El chico, moreno y de pelo rizado; la chica, con melena oscura y la sobriedad de una madona. Cuando

poco después mencionó que se parecían, le dijeron que a veces se habían aprovechado de esa similitud

a la hora de buscar alojamiento. Simplificaba las cosas una barbaridad, si bien tenían que acordarse

pedir camas separadas y no olvidarse de deshacer las dos.

Aunque ya no tenían que preocuparse por eso. No habría de qué escandalizarse. Después de tres años

juntos lo habían dejado. Llevaban meses de castidad, al menos uno con el otro.

—Y ahora se acabó el palacio de Buckingham —le dijo Greg a Katy—. Tengo que hacer m

ejercicios.

Greta pensó que se iría abajo, o que por lo menos haría un poco de calistenia en el pasillo, pe

Laurie y él echaron atrás la cabeza, estiraron el cuello y empezaron a hacer gorgoritos y graznidos qu

formaban curiosos cantos. Katy estaba loca de contento, pensando que todo era una ofrenda, u

espectáculo solo para ella. Y se comportó como una verdadera espectadora: guardó silencio hasta

final y solo entonces estalló en carcajadas.

Varios pasajeros que habían hecho ademán de subir se quedaron al pie de la escalera, no ta

contentos como Katy, sin acabar de entender la situación.

—Perdón —dijo Greg sin dar explicaciones, aunque con una nota cordial e íntima. Le tendió

mano a Katy—: Vamos a ver si hay alguna sala de juegos.

Laurie y Greta los siguieron. Greta deseó que no fuera uno de esos adultos que se hacen amigos

los niños para poner a prueba sus propios encantos, hasta que se aburren y acaban de malhumor al v

lo agotador que puede ser el cariño de los críos.

Antes del almuerzo ya sabía que no había de qué preocuparse. Las atenciones de Katy no solo n

agotaban a Greg, sino que otros niños se habían unido a la competición y no daba ninguna muestra

cansancio.

No es que Greg hubiera organizado una competición. Se las había ingeniado de manera que

atención que atrajo en un principio sirviera para que los niños tomaran conciencia unos de otros y

centraran luego en juegos animados, incluso salvajes, pero que no daban cabida al mal genio. Nada

berrinches. Prohibidos los caprichos. Sencillamente no había tiempo, con las cosas interesantes qu

estaban pasando. Era un milagro capear así el salvajismo en un espacio tan pequeño. Y el derroche

energía prometía una buena siesta por la tarde.

—Greg es increíble —le comentó Greta a Laurie.

—Sí, casi siempre es así —dijo Laurie—. No se reserva. ¿Sabes que muchos actores lo hacen? L

actores en particular. Fuera del escenario son muertos.

Greta pensó: eso es lo que hago yo. La mayor parte del tiempo me reservo. Soy cauta con Katy y cauta con Peter.

En la década en la que se adentraban sin que ella apenas se diera cuenta, se prestaría mucha atención a ese tipo de cosas. Vivir significaría algo que antes no significaba. Ir con la corriente. Entregarse. Había quien se entregaba, había quien no. Las barreras que separaban el interior y exterior de la cabeza caerían. Exigencias de la autenticidad. Cosas como los poemas de Greta, cosas que no salían directamente de dentro, empezaron a resultar sospechosas, incluso se miraban con desdén. Por supuesto que ella siguió como siempre, indagando y explorando, incidiendo con la misma determinación secreta en la contracultura. Sin embargo, mientras veía a su hija rendirse a Greg y a todo lo que hacía, se sintió plenamente agradecida.

Por la tarde, tal como había previsto, los niños se fueron a dormir la siesta. En algunos casos, las madres también. Otras se quedaron jugando a cartas. Greg y Greta despidieron a Laurie cuando se bajó en Jasper. Ella les lanzó besos desde el andén. Apareció un hombre de más edad, que le cogió la maleta, la besó cariñosamente y saludó a Greg, que le devolvió el saludo.

—El nuevo galán —comentó.

Más saludos mientras el tren se ponía en marcha, y entonces Greta y Greg llevaron a Katy al compartimento. La niña se quedó dormida entre los dos en pleno salto. Descorrieron la cortina para airear el compartimento, ahora que no había peligro de que la niña se cayera.

—Alucinante, tener un hijo —dijo Greg. Otra palabra nueva de la época, o al menos para Greta.

—Es algo que pasa —dijo ella.

—Qué serena eres. Y ahora dirás: «Así es la vida».

—Ni hablar —dijo Greta, sosteniéndole la mirada hasta que el chico negó con la cabeza y se echó a reír.

Le contó que se había metido a actor por motivos religiosos. Su familia pertenecía a una secta cristiana de la que Greta nunca había oído hablar. En la secta eran pocos, pero ricos, por lo menos algunos de los miembros. Habían construido un teatro en el recinto de la iglesia que levantaron en una ciudad de las llanuras. Allí fue donde empezó a actuar antes de cumplir diez años. Hacían parábolas de la Biblia, pero también actuales, sobre las cosas horribles que les pasaban a quienes no compartían sus creencias. Su familia estaba muy orgullosa de él, y desde luego Greg también lo estaba, aunque no le ocurría contarles todo lo que pasaba cuando los ricos conversos iban a renovar sus votos y salían reforzados en su santidad. De todos modos le gustaba que lo felicitaran y le gustaba actuar.

Hasta el día en que se dio cuenta de que podía actuar sin necesidad de todas aquellas monsergas de la iglesia. Por más que planteó el tema con delicadeza, le dijeron que el demonio se había apoderado de él. Ja, dijo, ya sé yo quién quiere apoderarse.

Adiós.

—No creas que todo fue malo. Sigo rezando y mantengo la fe, pero nunca pude hablar con nadie.

familia de lo que pasaba. Con contarles de la misa la mitad, los habría matado del susto. ¿No conoces a gente así?

Greta le dijo que cuando se trasladó con Peter a Vancouver, su abuela, que vivía en Ontario, se puso en contacto con un párroco de allí. El hombre fue a visitarlos y Greta le había dado un desplante. Cuando el cura le dijo que rezaría por ella, le contestó poco más o menos que no se molestara. En esa época su abuela estaba moribunda. Al recordarlo Greta se avergonzaba, y esa vergüenza la irritaba aún más.

Peter no entendía esas cosas. Su madre nunca iba a la iglesia, aunque una de las presuntas razones por las que había cruzado con él las montañas fue que pudieran ser católicos. Peter decía que seguramente los católicos tenían una ventaja, porque podían cubrirse las espaldas hasta el momento antes de morir.

Era la primera vez que pensaba en Peter en un buen rato.

Mientras hablaban de todas esas cosas viscerales pero reconfortantes, Greg y ella iban bebiendo. El chico había sacado una botella de ouzo. A pesar de que Greta procuraba medirse, como lo había hecho con el alcohol desde la fiesta de escritores, el efecto se dejó notar. Suficiente para que se cogieran las manos y empezaran a besarse y a hacer arrumacos. Y todo eso al lado de la niña dormida.

—Será mejor que paremos —dijo Greta—. O acabará siendo deplorable.

—Estos no somos nosotros —dijo Greg—. Son otros.

—Entonces díles que paren. ¿Sabes cómo se llaman?

—Espera un momento. Reg. Reg y Dorothy.

Greta siguió el juego.

—Ya basta, Reg. ¿Qué hay de mi hijita inocente?

—Podríamos ir a mi litera. No está muy lejos.

—No tengo ningún...

—Yo sí.

—¿Lo llevas encima?

—Por supuesto que no. ¿Por qué clase de bestia me tomas?

Así que se arreglaron la ropa y salieron con sigilo del compartimento, prendieron con cuidado todos los broches de la litera donde Katy dormía y, con cierto descuido amanerado, fueron del vagón de Greta al de Greg. No mereció la pena, porque no se cruzaron con nadie. La gente que no estaba en el vagón de la cúpula fotografiando las eternas montañas, debía de estar en el vagón restaurante, dormitando.

En las desaliñadas dependencias de Greg retomaron lo que habían dejado. Como no cabían los dos en la litera, se las ingeniaron para ponerse uno encima del otro. Al principio se ahogaban de la risa hasta que llegaron los sensacionales espasmos del placer, sin más opción que mirarse a los ojos. Mordiéndose uno al otro para sofocar los jadeos más feroces.

—Qué bien —dijo Greg—. Me ha gustado.

—Tengo que irme.

—¿Ya?

—Katy podría despertarse y no encontrarme.

—Vale. Vale. De todos modos debería ir preparándome para bajar en Saskatoon. ¿Y si hubiéramos

llegado en mitad de todo? Hola, mamá. Hola, papá. Esperadme un momento aquí mientras... ah... oh... ¡uh!

Greta se adecentó y salió. La verdad es que no le preocupaba cruzarse con alguien. Se sentía débil y aturdida, pero triunfal como un gladiador después de un combate en la arena. Al pensarlo no pudo evitar sonreír.

De todos modos no encontró ni un alma.

El último broche de la cortina estaba suelto. Estaba segura de haberlo abrochado al irse. De todos modos no era fácil que Katy pasara por debajo, y menos aún que se atreviera a intentarlo. Cuando Greta había salido antes un momento al lavabo tras insistirle mucho a Katy en que no la siguiera, la niña le había dicho que no pensaba hacerlo, como dando a entender que la trataba como a un bebé.

Greta abrió las cortinas de un tirón y enseguida se dio cuenta de que Katy no estaba.

Perdió la cabeza. Levantó la almohada, como si una niña del tamaño de su hija pudiera taparse con ella. Tanteó la manta con las manos, como si Katy fuera a estar escondida debajo. Procuró dominar y pensar dónde había parado el tren, si es que había parado, mientras estaba con Greg. ¿Era posible que un secuestrador hubiera subido en una parada y se hubiera llevado a la niña?

Se detuvo en el pasillo a pensar cómo podía detener el tren.

Entonces se obligó a creer que era imposible que algo así ocurriera. No seas ridícula. Katy debía haberse despertado y, al no encontrarla, había ido en su busca. En su busca, sola.

Por aquí, tiene que estar por aquí. Las puertas que había en los extremos del vagón pesaban demasiado para la niña.

Greta apenas se podía mover, como si las fuerzas hubieran abandonado su cuerpo y su mente. No podía ser verdad. Retrocede, retrocede hasta el momento antes de irte con Greg. Detente ahí. Detente ahí.

Al otro lado del pasillo vio un asiento desocupado por el momento: había un suéter de mujer y una revista sobre la butaca. Más adelante, un compartimento con todos los cierres abrochados, como había dejado el suyo. Apartó las cortinas de un tirón. El anciano que dormía se puso boca arriba, sin llegar a despertarse. Imposible que escondiera a nadie.

Qué idiotez.

La asaltó un nuevo temor. Suponiendo que Katy llegara a uno de los extremos del vagón y se hubiera ingeniado para abrir la puerta. O que siguiera a alguien que la hubiera abierto. Entre vagón y vagón había una pasarela corta, por la que en realidad se camina sobre el enganche que une los coches. Ahí el movimiento del tren se siente de pronto e impresiona. Hay una puerta maciza detrás y otra

delante y, a ambos lados de la pasarela, planchas metálicas que entrechocan y chirrían, bajo las que guardan las escalinatas que se sacan cuando el tren se detiene.

La gente cruzaba deprisa esos pasillos, donde los chirridos y el traqueteo hacen pensar que las cosas se ensamblan de un modo que a fin de cuentas no parece tan inexorable. Unos chirridos y unos traqueteos que pasarían más desapercibidos si no fueran tan vertiginosos.

La puerta del fondo del vagón pesaba demasiado incluso para Greta. O acaso el miedo le había debilitado las fuerzas. Empujó con brío con el hombro.

Y allí, entre los dos vagones, acurrucada sobre una de esas planchas de metal que no cesan de chirriar, estaba Katy. Con los ojos como platos y la boca entreabierta, petrificada y sola. No había derramado ni una lágrima, pero al ver a su madre empezó a llorar.

Greta la levantó y, al cargársela sobre la cadera, dio un traspié y chocó con la puerta.

Todos los vagones tenían nombres de batallas o expediciones célebres o de canadienses ilustres. Ellas viajaban en el Connaught. Greta no lo olvidaría nunca.

Katy no se había lastimado. Tampoco se le había enganchado la ropa en alguno de los bordes de las planchas metálicas.

—He ido a buscarte —dijo.

¿Cuándo? ¿Hacía un momento, o justo después de que Greta la dejara sola?

Seguro que no. Si alguien la hubiera visto allí, la habría recogido, habría tocado una alarma.

A pesar de que era un día soleado, no hacía calor de verdad. La niña tenía la cara y las manos heladas.

—Pensaba que estabas en las escaleras —dijo.

Cuando la envolvió con la manta en su litera, ella también se echó a temblar, como si tuviera fiebre. Se sintió mareada, incluso notó un regusto a vómito en la garganta.

—No me aprietes —le dijo Katy, librándose de su abrazo—. Hueles mal.

Greta apartó los brazos y se tumbó en la litera.

La asaltaron ideas de las cosas terribles que hubieran podido pasar. Katy continuaba rígida, rechazándola.

Seguro que alguien la hubiera encontrado. Alguna persona decente, no una mala persona, al verla allí la habría puesto a salvo. Greta hubiera oído con consternación el anuncio, la noticia de que había encontrado a una niña sola en el tren. Una niña que respondía al nombre de Katy. Greta habría ido corriendo, sin detenerse apenas a ponerse presentable, y al recoger a su hija habría mentado, diciendo que venía del cuarto de baño. Nadie le hubiera quitado el susto, pero se habría ahorrado la imagen que la asediaba tras ver a Katy desamparada en el hueco entre los dos vagones, en medio del estruendo. Sin llorar, sin una queja, como dispuesta a quedarse allí acurrucada para siempre, aunque no ofrecieran una explicación ni una esperanza. Greta no se quitaba de la cabeza los ojos sin expresión, boca abierta de su hija, un momento antes de que tomara conciencia del rescate y pudiera romper

llorar. Solo entonces había recuperado su mundo, su derecho a sufrir y a quejarse.

Ahora decía que no tenía sueño, quería levantarse. Preguntó por Greg. Greta le dijo que había ido a echar una siesta, estaba cansado.

Tuvieron el vagón de la cúpula casi para ellas solas el resto de la tarde. Por lo visto la gente se había dejado toda la energía fotografiando las montañas Rocosas. Y, como había dicho Greg, las llanuras lo dejaban planchados.

Cuando el tren hizo una breve parada en Saskatoon, Greg se bajó entre otros pasajeros. Greta vio que iba a su encuentro una pareja mayor, debían de ser sus padres. También una anciana en silla de ruedas, probablemente una abuela, y varios jóvenes que se quedaron un poco aparte, alegres y tímidos. Ninguno de ellos parecía miembro de una secta, ni gente en modo alguno estricta o desagradable.

Aunque ¿cómo detectar algo así a simple vista?

Greg se volvió y recorrió con la mirada las ventanillas del tren. Ella lo saludó desde el vagón de la cúpula y, al verla, le devolvió el saludo.

—Ahí está Greg —le dijo Greta a Katy—. Mira, ahí abajo. Nos está saludando. ¿Quieres decir adiós tú también?

Pero a Katy le costaba encontrarlo entre la gente. O quizá ni lo intentó. Se dio media vuelta con cierto aire ofendido, y Greg, tras un último saludo bufonesco, se volvió también. Greta se preguntó si la niña castigaba su deserción negándose a echarlo de menos o a despedirse siquiera.

De acuerdo, si ha de ser así, mejor olvídale.

—Greg te estaba saludando —dijo Greta, cuando el tren se puso en marcha.

—Ya lo sé.

Esa noche, mientras Katy dormía a su lado en la litera, Greta le escribió una carta a Peter. Una larga carta que pretendía ser graciosa, sobre las distintas clases de personas que podía encontrarse a bordo del tren. El hecho de que casi todo el mundo prefiriera mirar a través de una cámara, en lugar de ver el paisaje de verdad, y cosas por el estilo. El comportamiento de Katy, bueno en general. Nada de que se había perdido, por supuesto, ni del susto. Mandó la carta cuando las llanuras quedaban ya lejos y los abetos negros se sucedían eternamente, durante una parada que por alguna razón hicieron en un pequeño pueblo perdido de Hornepayne.

Todas las horas de vigilia a lo largo de cientos y cientos de millas las dedicó a Katy. Sabía que nunca se había volcado tanto en su hija. Por descontado siempre había cuidado de ella, vistiéndola, dándole de comer, hablando con ella durante todos los ratos que pasaban juntas mientras Peter estaba en el trabajo, pero Greta siempre tenía cosas que hacer en casa, su atención iba por rachas, su ternura menudo formaba parte de una táctica.

Y no solo por las tareas domésticas. Otros pensamientos habían desplazado su atención de la niña. Incluso antes de caer en la obsesión inútil, extenuante y estúpida con el hombre de Toronto, existía

otra ocupación, la poesía, que parecía haberse gestado en su cabeza casi desde siempre. Y que pronto se le antojaba una traición más: a Katy, a Peter, a la vida. Y ahora que no podía quitarse de la cabeza la imagen de Katy sola, acurrucada entre los vagones en medio del estruendo, sería otra cosa que tendría que abandonar.

Un pecado. Había puesto su atención en otra parte. Le había arrebatado atención a la niña propósito. Un pecado.

Llegaron a Toronto a media mañana. El cielo estaba oscuro. Había una tormenta eléctrica. Katy nunca había visto nunca semejante despliegue de truenos y relámpagos en la costa Oeste, pero Greta le dijo que no había nada que temer, y de hecho no parecía asustada. Tampoco se asustó con la oscuridad del túnel donde se detuvo el tren, atenuada por una mortecina luz eléctrica.

—Es de noche —dijo la niña.

No, no, dijo Greta, solo tenían que caminar hasta el final del túnel, ahora que al fin se habían bajado del tren. Luego subirían unas escaleras, que quizá fueran mecánicas, hasta un edificio grande, desde donde saldrían a la calle y podrían coger un taxi. Un taxi era un coche que las llevaría hasta su casa. Su casa nueva, donde vivirían una temporada. Vivirían allí una temporada y luego volverían con papá.

Subieron por una rampa que desembocaba en una escalera mecánica. Katy se paró en seco, así que Greta esperó a que la gente pasara de largo. Entonces la cogió en brazos y se la cargó a la espalda, ingeniándose para llevar la maleta con la otra mano, aunque al soltarla en los escalones cayó con un golpe. Una vez arriba, dejó a la niña en el suelo y pudieron cogerse de la mano de nuevo, a la luz resplandeciente y diáfana de Union Station.

Allí la gente que caminaba delante de ellas empezó a dispersarse, acudiendo a la llamada de quienes los esperaban o simplemente se acercaban a ayudarles con el equipaje.

Igual que alguien que se acercó a ellas en ese momento. Agarró la maleta, abrazó a Greta y la besó por primera vez, con gesto decidido y ceremonioso.

Harris.

Tras la impresión del primer momento, Greta sintió un vuelco en el estómago, un alivio inmenso.

Aunque trató de seguir agarrada a su hija, en ese momento la niña se apartó y se soltó de la mano.

No hizo ademán de huir. Solo se quedó a la espera de lo que tuviera que pasar a continuación.

Amundsen

Me senté a esperar en el banco del andén. Cuando el tren llegó la estación estaba abierta, pero ahora ya la habían cerrado. Una mujer sentada en la otra punta del banco sujetaba entre las rodillas una bolsa de malla llena de paquetes envueltos en papel pringado de grasa. Carne, carne cruda. Se olía de lejos.

Al otro lado de las vías esperaba el tren, vacío.

No aparecieron más pasajeros, y al cabo de un rato el jefe de estación sacó la cabeza y gritó «Sanatorio». Al principio no le entendí bien, pensé que llamaba a alguien, porque otro hombre con uniforme salió por el lado opuesto del edificio. Cruzó las vías y se montó en el vagón. La mujer que llevaba los paquetes se levantó y lo siguió, así que hice lo mismo. Se oyeron unos gritos al otro lado de la calle en el momento en que se abrían las puertas de una edificación chata con tejas de madera oscura, y varios hombres salieron en tropel, encasquetándose las gorras mientras las fiambres metálicas del almuerzo les chocaban contra el muslo. Por el jaleo que armaban cabía imaginar que el tranvía saliera en cualquier momento, dejándolos allí. Sin embargo, cuando se acomodaron en el vagón el tren siguió inmóvil mientras contaban cuántos eran y le decían al conductor que aún no podían irse, que faltaba alguien. Entonces uno se acordó de que el compañero al que esperaban tenía el día libre. El tranvía se puso en marcha, aunque no quedó claro si el conductor había prestado atención a lo que le decían, o siquiera le importaba.

Todos los hombres bajaron en un aserradero en medio del bosque, un trayecto que no le habría llevado más de diez minutos a pie, y poco después el lago apareció ante nuestros ojos, cubierto de nieve. Enfrente, un edificio blanco apaisado de madera. La mujer puso en orden los paquetes de carne y se levantó, y yo la seguí. El maquinista volvió a gritar «Sanatorio» y se abrieron las puertas. Un par de mujeres esperaban para subir. Saludaron a la mujer de la carne y ella comentó que hacía un día crudo.

Todos me evitaron con la mirada cuando me apeé detrás de la mujer de la carne.

Por lo visto no había que esperar a nadie en aquella última parada, porque las puertas se cerraron con golpe y el tren empezó a retroceder.

Entonces se hizo el silencio, el aire parecía de hielo. Abedules de aspecto quebradizo con marcas negras en la corteza blanca, y unos arbustos silvestres de hoja perenne encogidos como osos adormilados. El borde del lago no era liso, el hielo formaba pequeñas crestas irregulares, como si las olas se hubieran congelado en el instante de romper en la orilla. Y a lo lejos el edificio, con premeditadas hileras de ventanas y porches acristalados a ambos extremos. Todo austero y nórdico, un paisaje en blanco y negro bajo la alta cúpula de nubes.

De cerca, la corteza de abedul no era negra, después de todo. Ocre ceniciento, azul ceniciento, gris ceniciento.

La quietud y la inmensidad de un hechizo.

—¿Adónde vas? —me dijo la mujer de la carne—. Las horas de visita acaban a las tres.

—No estoy de visita —le dije—. Soy la maestra.

—Bueno, aun así no te dejarán entrar por la puerta principal —dijo la mujer, con cierta satisfacción—. Mejor ven conmigo. ¿No traes maleta?

—El jefe de estación me ha dicho que me la acercaría luego.

—Por cómo estabas ahí plantada, parecía que te habías perdido.

Le dije que me había detenido porque era precioso.

—Habrà quien lo crea. A menos que estén muy enfermos o muy ocupados.

No dijimos nada más hasta que entramos en la cocina, en uno de los extremos del edificio. Ya empezaba a necesitar guarecerme bajo un techo. Ni siquiera me dio tiempo a echar un vistazo alrededor, porque me hicieron prestar atención a las botas.

—Vale más que te las quites, antes de dejar el suelo lleno de pisadas.

Sin una silla donde sentarme, me las saqué como pude y las coloqué en la estera donde la mujer había dejado las suyas.

—Cógelas y llévatelas de aquí, que no sé dónde van a ponerte. Vale más que no te quites el abrigo porque en el guardarropa no hay calefacción.

Ni calefacción, ni más luz que la que entraba por un ventanuco alto que no dejaba ver el exterior. Era como cuando en la escuela nos castigaban y nos mandaban al guardarropa. El mismo olor a los abrigos que nunca se acababan de secar, a botas que se calaban y empapaban los calcetines manchados, los pies sucios.

Me encaramé en un banco, pero ni así pude ver nada por la ventana. En una repisa, entre gorras y bufandas desperdigadas, encontré una bolsa de higos y dátiles secos. Alguien los habría robado y los habría metido allí para llevárselos a casa. Me entró un hambre repentina. No había comido nada desde la mañana, aparte de un bocadillo reseco de queso en el Ontario Northland. Pensé si era ético robarle a un ladrón. De todos modos los higos se me quedarían pegados en los dientes y me delatarían.

Bajé justo a tiempo. Alguien entraba en el guardarropa. No era ninguno de los empleados de la cocina, sino una colegiala con un grueso abrigo de invierno y el pelo envuelto en una bufanda. Llegó como un vendaval: tiró unos libros sobre el banco de madera con tal impulso que se desparramaron por el suelo, se arrancó la bufanda dejando al descubierto una mata de pelo y, con el mismo impulso, se quitó las botas a patadas y las mandó a la otra punta del guardarropa. Por lo visto no la había interceptado en la puerta de la cocina para que se las quitara.

—Uy, no quería darte —se disculpó la chica—. Cuando entras de fuera está tan oscuro que no sabes ni dónde pisas. ¿No te estás helando? ¿Has venido a pedir trabajo?

—Estoy esperando a que me reciba el doctor Fox.

—Ah, entonces no tendrás que esperar mucho, he venido con él en coche desde el pueblo. M

estarás enferma, ¿verdad? Porque no visita aquí, hay que ir al pueblo.

—Soy la maestra.

—¿Ah, sí? ¿Eres de Toronto?

—Sí.

Se hizo un silencio, quizá de respeto.

O no. Más bien le daba un repaso a mi abrigo.

—Qué bonito. ¿El cuello es de pieles?

—Astracán persa. Bueno, en realidad es de imitación.

—Pues a mí me daba el pego. No sé para qué te han metido aquí, se te congelará el culo. U
perdón. Si quieres ver al doctor, puedo acompañarte. Sé dónde está todo, vivo aquí prácticamente
desde que nací. Mi madre lleva la cocina. Me llamo Mary, ¿y tú?

—Vivi. Vivien.

—Si eres maestra, debería ser señorita algo, ¿no? ¿Señorita qué?

—Señorita Hyde.

—¿No serás la doctora Jekyll? —saltó Mary— Perdón, se me acaba de ocurrir. Me gustaría qu
fueras mi maestra, pero tengo que ir al colegio del pueblo. Las normas son así de estúpidas. Como n
tengo tuberculosis...

Mientras hablaba me condujo por la puerta del fondo del guardarropa, que daba a un pasillo
corriente de hospital. Linóleo encerado. Pintura verde mate, un olor antiséptico.

—Ahora que estás aquí a lo mejor conseguiré que Reddy me cambie.

—¿Quién es Reddy?

—Reddy Fox. Un personaje de un libro para niños. Anabel y yo empezamos a llamar así al docto
porque es pelirrojo como el zorro del cuento.

—¿Quién es Anabel?

—Nadie. Está muerta.

—Vaya, lo siento.

—No es culpa tuya. Por aquí suele pasar. Este año he empezado el bachillerato. Anabel no llegó a
a la escuela. Cuando hacía primaria, Reddy convenció a la maestra del pueblo de que me dejara pas
mucho tiempo en casa, para hacerle compañía a Anabel.

Se detuvo frente a una puerta entreabierta y silbó.

—Eh. He traído a la maestra.

Contestó un hombre.

—De acuerdo, Mary. Has cumplido por hoy.

—Vale. Oído.

Se apartó de un salto y me dejó cara a cara frente a un hombre enjuto de mediana altura, con el pelo muy corto de un tono rojizo claro que brillaba a la luz artificial del pasillo.

—Ya ha conocido a Mary —dijo—. Tiene mucha labia. No está en su clase, así que no tendrá que soportarla a diario. Con ella no hay medias tintas: o la adoras, o no la soportas.

A primera vista me pareció que sería entre diez y quince años mayor que yo, y al principio me habló como lo haría un hombre de más edad. Un jefe que trata de calar a su futura empleada. Me preguntó por mi viaje, y si alguien se había ocupado de mi maleta. Quería saber qué me parecía la idea de vivir allí arriba, en los bosques, viniendo de Toronto, si no me aburriría.

De ninguna manera, le dije, y añadí que aquello me parecía precioso.

—Es como... es como estar en una novela rusa.

Me miró con atención por primera vez.

—¿De veras? ¿Y en qué novela rusa?

Tenía unos ojos vivarachos, de un gris claro, azulado. Enarcaba una ceja, que parecía la visera de una gorra.

No es que no conociera novelas rusas. Había leído algunas de cabo a rabo, y otras las había dejado a medias. Sin embargo, al ver su ceja enarcada, la expresión divertida pero provocadora de su cara, solo conseguí recordar *Guerra y paz*. No quería decirlo, porque era el título que cualquiera recordaría.

—*Guerra y paz*.

—Bueno, me parece que aquí solo tenemos la paz. Aunque supongo que si fuera buscando la guerra se habría enrolado en uno de esos escuadrones de mujeres y estaría al otro lado del charco.

Me enfadé y me sentí humillada, porque mi intención no había sido lucirme. O no solamente. Había querido expresar el efecto maravilloso que me había provocado aquel paisaje.

Evidentemente era de esas personas que tendían trampas con las preguntas.

—Supongo que esperaba ver llegar a una maestra mayor salida de a saber qué rincón perdido —dijo, con un leve tono de disculpa—. Como si todo el mundo con una edad y unos méritos razonables tuviera que estar atrapado por el sistema en estos tiempos. No estudió magisterio, ¿verdad? Dígame ¿qué pensaba hacer después de licenciarse en letras?

—Trabajar en mi doctorado —dije escuetamente.

—Entonces, ¿qué le hizo cambiar de idea?

—Pensé que era hora de ganar un poco de dinero.

—Una idea sensata. Aunque me temo que aquí no ganará mucho. Perdone la indiscreción, solo quería asegurarme de que no va a salir corriendo y dejarnos en la estacada. ¿No tiene planes de casarse o matrimonio?

—No.

—De acuerdo. De acuerdo. No la pondré en más aprietos. No la habré desalentado, ¿verdad?

La pregunta me había hecho desviar la mirada.

—No.

—Vaya al vestíbulo, al despacho de la enfermera jefe, y ella le dirá todo lo que precisa saber. Usted comerá con las enfermeras. Le asignarán un cuarto. Trate de no resfriarse, eso sí. Supongo que no tiene experiencia con la tuberculosis.

—Bueno, he leído...

—Ya, ya sé. Ha leído *La montaña mágica*. —Saltó otra trampa, que pareció infundirle nuevas energías—. Quiero creer que las cosas han avanzado un poco desde entonces. Tome, he escrito algunas cosas sobre los chavales de aquí y lo que me parecía que puede hacer con ellos. A veces prefiero expresarme por escrito. La enfermera jefe la pondrá al corriente.

Aún no llevaba allí una semana y todos los acontecimientos del primer día parecían únicos e improbables. No había vuelto a pisar la cocina, ni el guardarropa contiguo donde los empleados dejaban la ropa y escondían sus hurtos, y quizá no volviera a pisarlos. También el despacho del doctor estaba fuera de los límites, dado que para cualquier pregunta, queja y reajuste del día a día había que acudir al despacho de la enfermera jefe. Era una mujer bajita y recia, de cara sonrosada, con gafas de montura al aire y un característico resuello. Parecía que todo lo que se le dijera la dejara perpleja o supusiera un problema, pero se hacía cargo o lo proveía. A veces comía en el comedor con las enfermeras, donde se le servía un banquete especial, y aguaba la fiesta. Por lo general se quedaba con sus dependencias.

Además de ella eran tres las enfermeras tituladas, con ninguna de las cuales me llevaba menos de treinta años. Habían renunciado a la jubilación para cumplir con su deber en tiempos de guerra. Luego estaban las auxiliares de enfermería, que eran de mi edad o incluso más jóvenes, en su mayoría casadas o comprometidas, o con vistas a estarlo, por lo general con hombres que servían en el ejército. En ausencia de las enfermeras y la matrona, hablaban sin parar. A mí no me hacían ni caso. No querían saber cómo era Toronto, aunque quizá algún conocido hubiera ido allí de luna de miel, tampoco les importaba cómo me iban las clases o lo que hacía antes de empezar a trabajar en el sanatorio. No es que fueran groseras: me pasaban la mantequilla (lo llamaban mantequilla, pero en realidad era una margarina a la que se le añadía un colorante naranja que venía aparte y cada cual mezclaba en su cocina, pues era lo único que permitían las leyes en aquellos tiempos) y me advertieron de que no comiera el pastel de carne, porque según los rumores era de marmota. Siempre descartaban todo lo que pasara en otros lugares, o en otras épocas, o que tuviera que ver con desconocidos. Era una lata y un fastidio. A la menor oportunidad quitaban las noticias de la radio e intentaban poner música.

«Dance with a dolly with a hole in her stockin'...»

Ni a las enfermeras ni a las auxiliares les gustaba la CBC, la emisora que desde pequeña había creído que llevaba la cultura al interior del país. Aun así, al doctor Fox le tenían un respe-

reverencial, porque había leído muchos libros.

También decían que no había nadie como él para echar un rapapolvo cuando le venía en gana.

No pude dilucidar si creían que había una relación entre leer muchos libros y echar un rapapolvo.

Enfoques pedagógicos habituales fuera de lugar aquí. Algunos de estos niños se reincorporarán al mundo o sistema, y otros no. Mejor no excederse con la presión. O sea: hacer exámenes, memorizar, categorizar no tiene sentido.

Omitir directamente los conocimientos de comercio mercantil de la primaria. Quienes lo necesiten se pondrán al día mañana adelante, o se las apañarán. Más bien incidir en técnicas simples, exposición de hechos y demás elementos necesarios para entender el mundo. ¿Qué hay de los llamados «niños superiores»? Desagradable término. Si son inteligentes desde un cuestionario de punto de vista académico, no tendrán dificultad para ponerse al día.

Olvide los ríos de Sudamérica, al igual que la Carta Magna.

Mejor dibujar, música, cuentos.

Juegos sí, pero cuidado con sobreexcitarse o con un exceso de rivalidad.

El reto es mantenerse entre el estímulo y el aburrimiento. El aburrimiento es la condena de la hospitalización.

Si la enfermera jefe no puede suministrarle lo que necesita a veces, el conserje lo tendrá escondido en alguna parte.

Bon voyage.

El número de niños que acudían a clase variaba. Podían ser quince, o menos de media docena. Son mañanas, de nueve a doce, descansos incluidos, si no les subía la fiebre o tenían que hacerles alguna prueba. Aunque eran críos tranquilos y de trato fácil, no mostraban especial interés en nada. Enseguir se habían dado cuenta de que aquella era una escuela de mentirijillas, donde no se les exigía aprender nada, del mismo modo que no tenían horarios ni había que memorizar las cosas. Esa libertad no les subía los humos, no los aburría hasta ningún extremo preocupante, tan solo los volvía dóciles y lánguidos. Cantaban cánones sin subir la voz. Jugaban al tres en raya. Había una sombra de derroche sobre el aula improvisada.

Decidí seguir las palabras del doctor al pie de la letra. O al menos en parte, como con aquello de que el aburrimiento era el enemigo.

En el cuchitril del conserje había visto una bola del mundo. Pedí que me la trajeran. Empecé con geografía elemental. Los océanos, los continentes, los climas. ¿Y por qué no los vientos y las corrientes marinas? ¿Los países y las ciudades? ¿O el trópico de Cáncer y el trópico de Capricornio? ¿Por qué no, después de todo, los ríos de Sudamérica?

A pesar de que algunos niños habían aprendido antes esas cosas, las tenían prácticamente olvidadas. El mundo caía abruptamente más allá del lago y los bosques. Pensé que los animaría reencontrarse con las cosas que sabían, como viejos conocidos. No les eché encima todo de golpe, por supuesto, procuré ir despacio con los que nunca habían aprendido esas cosas por haber caído enfermos demasiado pronto.

Planteado como un juego, funcionaba. Los dividía en equipos, les pedía que contestaran cuando yo señalaba aquí o allá con el puntero. Vigilaba que la emoción no durara más de la cuenta. Sin embargo un día que el doctor entró, justo después de la cirugía de la mañana, me sorprendió con las manos en

- [download *Grow Your Own Vegetables*](#)
- [click Hair: A Human History](#)
- [click Speculation, Trading, and Bubbles \(Kenneth J. Arrow Lecture Series\)](#)
- [**click Junie B. Jones and the Mushy Gushy Valentine \(Junie B. Jones, Book 14\) for free**](#)
- [click Flyaway / Windfall](#)

- <http://econtact.webschaefer.com/?books/Grow-Your-Own-Vegetables.pdf>
- <http://test.markblaustein.com/library/The-Ethics-of-Memory-in-a-Digital-Age--Interrogating-the-Right-to-be-Forgotten.pdf>
- <http://www.netc-bd.com/ebooks/Visions-of-Freedom--Havana--Washington--Pretoria--and-the-Struggle-for-Southern-Africa--1976-1991.pdf>
- <http://betsy.wesleychapelcomputerrepair.com/library/Junie-B--Jones-and-the-Mushy-Gushy-Valentine--Junie-B--Jones--Book-14-.pdf>
- <http://pittiger.com/lib/Winnie-and-Wolf.pdf>